

MARIO R. VECCHIOLI



*Silvas
Sabriegas*

Para la juventud maravillosa
de Mari Clara Zicki, que tiene estas
mismas inquietudes. -
Con manos de amistad. -
Su Recuerdo

Verano de 1953 años. - Marzo 7 18..

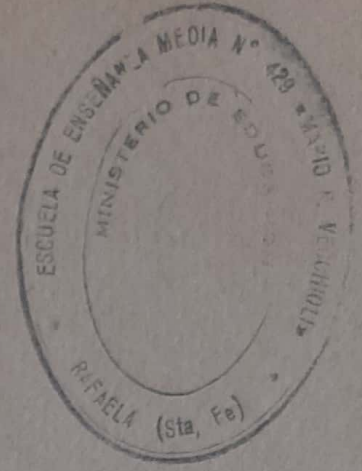
SILVAS LABRIEGAS

OBRAS DEL AUTOR:

<i>MENSAJE LIRICO</i>	<i>Poesía</i>	<i>1946</i>
<i>TIEMPO DE AMOR</i>	<i>„</i>	<i>1948</i>
<i>LA DAMA DE LAS ROSAS</i>	<i>„</i>	<i>1950 (*)</i>
<i>SILVAS LABRIEGAS</i>	<i>„</i>	<i>1952</i>

(*) Premio "Peña Argentina 1950"

MARIO R. VECCHIOLI



SILVAS LABRIEGAS

POESIAS

Portada de: ARTEMIO ARAN

IMPRIMIÓ:
BERRUEZO & BERSANO
RAFAELA (STA. FE)



En tu nombre, NOLFO, y en tu ausencia,

a

JOSE A. BERZERO y AMERICO BERTA

¡tan simplemente fraternales!

Hermano mío, dulcemente hermano...

P Ó R T I C O

Hermano mío, dulcemente hermano:
Marzo promedia y, vertical, detalla,
entre caducos oros,
su escalofrío de primera tanda.

—Marzo es la luz que me inventó la vida;
el viento negro que acostó tus alas—

Los cipreses hospedan a la tarde.

Un incoloro rezo de hojarascas
explica el sur, que viene
rememorando ramas.

Te nombro con inmóvil pensamiento.
Y me sabes a lágrimas.

No, ya no estás conmigo.
Ni están las voces de la antigua casa.
Nuestra rural y azul adolescencia
es polvo de fulgor que se me apaga
entre el hollín de la ciudad de portland.

Sólo tu sombra amada
me lleva, todavía, por las cosas.
¡Sólo tu sombra amada!

Y es tu sangre ¡tu sangre!
la que me tañe sus campanas.

¡Oh! aquél urgirme la canción distinta,
con labradores y fumantes chacras,
con tierra ruda y con vehementes soles.

En esta tarde amarga,
te escucho transcurrirme
sobre remotas ráfagas de alfalfa.
Corre una arisca libertad de potros.
Melódicos follajes de calandrias
describen el invicto
rubor de las auroras. Y en sumaria
conformidad agreste,
el niño triste del balido ensancha
su mansedumbre eglógica
por un aire de espigas y labranzas.

¡Oh! hermano mío, dulcemente hermano:
ésta es la tierra insobornable y santa.
La verde oceanía
donde —frutados de infinita pausa—

papá y mamá nos nombran
en sembradura de última jornada.

Ahora que te has ido y te subsistes
en el alivio angélico del alma,
yo te la traigo. Con sus gringos sólidos
atropellando el alba.
Con sus muchachos de acerado temple,
sus rústicos patriarcas,
sus mujeres de arrullo y de coraje
partiendo a la fatiga cotidiana.

Que mi ternura te lo alcance todo:
campos, palomas, tolvaderas, Patria.
¡Ahora que te has ido, hermano, y que eres
también un poco más de tierra amada!

PRIMERA PARTE

PAMPA Y GRINGOS

Acentos para el Voto Inaugural

Aquí, la exaltación de lo pequeño:
la sorprendente realidad de un mundo.
Los subterráneos dioses que organizan
el fundamento de los trigos rubios.
La potestad que ordena sus imperios
de larvas y de gérmenes minúsculos.

Aquí, la sencillez de lo sublime:
la tierra negra en promoción de surco;
su legendaria libertad grandiosa.

Los gringos taumaturgos:
labradores del tiempo fronterizo
al que se llega con la muerte en uno.
Y la raíz y el pájaro y el toro.
Y el armonioso acontecer del fruto.

Que mis palabras digan
la sorprendente realidad de un mundo.

¡Con esta gente rústica que huele
a sol, a sembradío y a futuro!

La tierra iluminada

Eran sólo un montón de carne amarga.
¡Y nos venían a inventar un mundo!

Como quien suelta el tiempo,
abrieron su ademán de cuatro rumbos.
Y sembraron el toro y la paloma,
la juventud del potro, el gallo agudo,
la blanca timidez de los corderos.
Y el pájaro y el árbol y un tumulto
de voces infinitas y esenciales

saltaron hacia vértices de júbilo.

—Sobre la ruda libertad del viento
corría, inverosímil, el augurio—.

Porque sumaban a su luz dichosa
la heráldica del músculo
y esa razón antigua
que entibia el nido y armoniza el fruto,
no les bastó desparramar sus manos
para el motivo vegetal del zumo.

Querían que el amor que se trajeron
configurara en términos de arrullo
su identidad con esta tierra mansa
donde la sangre les reía a gusto.

¡Y echaron hijos en el nuevo idioma,
a modo de adhesión y de saludo!

Eran sólo un montón de carne amarga.
¡Y nos habían inventado un mundo!

¡Por ellos es la tierra iluminada!
Por ellos el impulso,
la voz innumerable
y el lino azul y el alfalfar rotundo
y el oro vivo del maíz conspicuo
y la impetuosa redención del surco.

Desde su silbo alzaron
el cada día magistral del triunfo.
Por eso, cuando oyeron descenderles
las sombras, se marcharon, uno a uno,
gozosos de acostar sus cien fatigas
en el regazo del abismo obscuro.

Arriba, oían transitar la vida
que les cayera, torrencial, del puño.

Adentro, iluminándoles la sangre
—definitivo y último—
¡un gran amor de Patria azul y blanca
se iba con ellos transallá del mundo!

Historia de Labradores

Los empujaba el viento de los siglos
la fuerza milenaria de su raza.

Venían con el burgo
ceñido a la nostalgia.
Trayendo, para el tiempo de volverse,
un argumento de casitas blancas
dormidas contra el cielo
que aloja a las montañas.

Robinsones en estas soledades,
sacaron las mañanas
a canturrear alegres pechirrojos
de incorruptible magia.
Luego el chingolo, el pastizal, el cardo
—la luz que va de la raíz al ala—
los envolvieron en su amor sencillo.
Y sin que lo notaran
clavaron el mojón de la costumbre
sobre su propio predio de añoranzas.

Un dondequiera de fogones gauchos
vino a arrimarles amistosas brasas.
El tiempo hostil les fué quedando lejos,
aun más allá de la fatiga larga.
La tierra sonreía
su anécdota dorada.
Y por la sembradura
que al buen amor lo fundamenta en andas,
la mesa iba sumando, año tras año,
el atisbo risueño de otra cara.

En el feliz suceso de la dicha,
un inolvido de casitas blancas
volvió a llamarles con su voz distante.

¡Ah! retornar. Volver a sus montañas.
Sentarse nuevamente en torno al fuego.
Y narrar cosas. Y acariciar la "mamma"...

Un barco descubierto en la memoria
les navegó su conmovido mapa.
Y como el demorado adiós urgía,
fueron a echar sus manos a la pampa
en gran itinerario de saludo.

Allí tendida, poderosa y mansa,
nunca les pareciera
tan hondamente humana.

¡Qué sensación de libertad en ella!
¡Qué mística blandura de plegaria
en su recogimiento augusto!

Sintieron que la sangre les soltaba
un grito inmemorial. Que algo remoto
—algo entre luz y lágrima—
les exhumaba un mundo
de cosas congregadas.

Cien voces familiares acudían,
nombrándoles con íntima confianza.
Cien voces de fatiga,
de lucha, de ilusiones, de esperanzas.
Voces de cosas simples.
Como la troj, los pájaros, el hacha.
Como el caballo, el recental, el huerto.
Como la gleba, el trebolar, la escarcha.
Y el perro y el rocío...

Eran las voces de la tierra gaucha.
¡Sus propias manos y sus propias frentes
corriendo por el aire y soterradas!

Eran el tiempo joven que trajeron.

El gran amor que levantó la casa.
El canto que acostaron en el surco.
Los soles que curváronles la espalda.

Eran las voces de ellos,
¡de ellos mismos, que en todo se nombraban!

Les conmovió mirarse en su universo
que les naciera de las manos anchas.
Ahora que la vida
los desandaba calma,
ahora que en sus tardes les caían
lluviosas lentitudes de campanas,
un repentino viento de ternura
los invadió de bienamada pampa.

Después, entre los hijos
de ingenuos ojos y sonrisa franca,
sintiéronse envolver en el idioma

conque ellos, cariñosos, los amaban.

¡Y se quedaron a morir su tiempo
en el destino de esta nueva Patria!

La Danza de los Cocuyos

Estaban solos. Solos
en esa enorme soledad sin rumbo.

Iba a nacer el hijo
que sus amores convocaron juntos.
Y estaban solos. ¡Solos!

Allá, detrás del horizonte, el mundo
seguramente hervía como siempre,

sonoro de tumulto.
Arrastrando compactas muchedumbres,
como un gran río turbio.
Pero el clamor universal lejano
no les llegaba hasta ese miedo suyo.
Ellos estaban más acá del ruido.
Distantes del confuso
vaivén inmensurable.
Solos, en esa soledad sin rumbo.
Aguardando el instante,
minuto tras minuto.

Nada, ni un trino en la quietud del monte.
Sólo la tarde yéndose al crepúsculo.
Ni tan siquiera el viento, con los duendes
que habitan su murmullo.

Leguas de pampa, en torno.
Leguas de pampa. Y Junio
cayendo sobre el monte.

El hijo va a nacer. ¡El hijo suyo!
Pálida y fuerte, ella acurruca el llanto.
El, aturdido, le controla el pulso.
Sin ideas de nada.
Terriblemente mudo.

Lenta manera antigua
del viejo sol purpúreo.
Firme invasión de las temidas sombras.
Un susto negro, un espantoso susto
viene del monte. Rondan los fantasmas.

Por la callada soledad sin rumbo
hay como un aleteo de presagio.

Ya sólo han de faltar unos segundos.
Ahora o nunca va a nacer el hijo.
¡Ahora o nunca! Ya es el momento justo.

¡Oh, Dios! ¡oh, Dios! aquí se ha roto el grito.
Un largo grito agudo.

Sobre la pampa, triunfalmente, danzan
densos chisporroteos de cocuyos.

La victoriosa y fuerte sangre gringa
¡es, otra vez, un argentino rubio!

¡Tierra Maldita...!

Se hundieron en la noche. El grillerío lunar cantaba. ¡El grillerío inmenso!

Porque con ellos iba
la voluntad que ensancha los graneros;
porque iban a fundar la espiga buena,
a echar la Patria en los terrones nuevos,
un dulce soliloquio
les delectaba el regocijo honesto
conque se nombra al hijo y la esperanza.

Cuando el sol —campesino y pajarero—
transmutara en palomas las estrellas,
sus manos ya estarían en el viento
y la frente cayéndoles su tierra
por rumbos paralelos.

Tantas veces viajaron hacia el alba,
que así que un día de ímpetus bermejcs
el origen del pan estuvo echado,
la chacra toda se alegró con ellos.

Mientras el numen tutelar del surco
organizara el fausto nacimiento,
quedáronse en las cosas familiares,
gozando la humildad de sus afectos.

Desde las tardes de hogareñas pipas
miraron cómo, en el fluír del tiempo,
el pájaro y el árbol fraternizan;
cómo la vaca rumia su ternero

y el gusto de la dicha
se complementa en la amistad del perro
y en la recia confianza
de las vigas del techo.

Un abstraído, acurrucado otoño
de chimenea y pensativo fuego
les caminó la espera.

Y vino el brotamiento.
Y vinieron, más tarde, las espigas,
con su vigilia fértil de proyectos.

Pero la oculta mano que dispone,
lanzó la piedra y empujó los vientos.
¡Toda la noche cabalgó el desastre!
¡Toda la noche resonó el estrépito!

Un alba de sarcófagos

—alba de túmulos y sueños muertos—
le recorrió el horror: “¡Tierra maldita..!”

Mas allí estaba su mitad del beso.
Allí estaba, ¡redonda y luminosa
del hijo que vendría por Enero!

Con sorpresiva lucidez de espanto
midió el dolor tremendo
y humilde de la tierra
¡madre también! ¡Y heroica de silencios!

¡Y el gesto y la palabra se quedaron
en la remota decisión del tiempo!

La Epopeya del Surco

Zarpas, colmillos, soledad, marañas.
Y fiebres, selvas, indios... Un oculto
imán los atraía.
Y, audaces, se arrojaron al futuro.

Desde entonces se inicia
la epopeya del surco.

La muerte, que cabalga el infinito

los acosó sin tregua. Más de uno
se disolvió en el grito
del largo viento obscuro.

Pero las muchedumbres victoriosas
siguieron detrás suyo,
empujando la casa
más allá de los límites del susto.

Eran el tiempo de oro que venía
enarbolando júbilos.
Una canción de lluvias y de soles
consustanciábales el buen augurio.

Y porque un dios benigno
condecoró la intrepidez del músculo,
la pampa toda retiró sus toldos
para que se instalara el trigo rubio.

Ahora, la altivez la nombra: ¡PATRIA!..
Y nos rebosa el corazón de orgullo.
Y un iris de banderas
cruza detrás de nuestros ojos húmedos.

Y repetimos: ¡PATRIA!.. Y un relámpago
de gloria exhuma, en épicos retumbos,
¡los Maipos resonantes!
¡los recios Chacabucos!
¡las cien, las mil batallas de la tierra
ganadas por los gringos corajudos!

Ellos, ya han vuelto al polvo.
Se fueron del tumulto
llevándose en los ojos
el jubiloso resplandor del surco.

Pero su buena savia los subsiste
¡en hijos argentinos! Y es seguro
que en el día fatal de los tambores

—cuando se pida el último tributo—
hemos de verlos regresar cantando

¡para tirar sus huesos, como puños,
a quién se atreva con la Patria gaucha!

INTERVALO

con un

...Canto al Indio

Saltó de la prehistoria,
elástico y alerta.
Irruyendo en afán de latitudes.

Fué el inca, el maya, el guaraní, el azteca,
el araucano, el patagón, ¡Fué el INDIO!

Torbellino de plumas y de flechas.
Hosca pupila montaraz de halcón.

Torva y arisca exhalación de selvas.

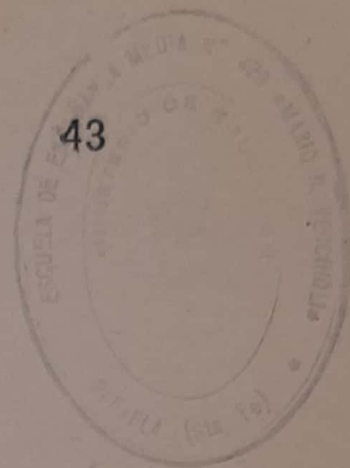
Venía desde el génesis.

Desde el espanto de la fría piedra
y el retorcido caos de raíces.

Estremeciendo las remotas eras
con su alarido bárbaro.

Monstruos de antigua fauna primigenia
le chapoteaban el obscuro origen
de hirvientes légamos, rojizas gredas,
horripilantes saurios.

Y un infinito río de estridencias
—ráfagas cósmicas, oblicuos vientos,
desorbitados restallar de esferas—
le clamoreaban hordas de tambores
en su violenta
conformación salvaje.



Cobrizo engendro de bravía tierra,
su insobornable estirpe de jaguares
vadeó los siglos ¡ebria
de alucinante libertad grandiosa!

Porque su envión no prefijaba metas,
chorreando estrépito y plumado orgullo
cruzó los valles, la planicie inmensa,
trepó la ruta magistral del cóndor.

Y, erguido bronce en la más alta cresta,
¡atalayó los mundos
con ojos de epopeya!

Ahora, el génesis quedaba lejos:
antro de fósiles, brumosa cuenca.
Ya no se oía el estridor primario,
el zumbido espacial de los planetas.

Un tiempo de equilibrio
iba sin prisa, en inmersión de siesta,
apologando deslumbrantes ciclos
de intacta paz y organizada idea.

Hondos alientos, confluyen claros
al meridiano rojo de las venas.
Entre consubstanciados climas
de invicta primavera,
se oyen crecer los pueblos,
jadeantes de afanosa empresa.
Y un esplendor de templos
—ritos solares, dignidad de piedra—
alza el prestigio azul conque la vida
corre, armoniosa, y apacible sueña.

Feliz y libre en ese edén glorioso:
así lo miran las edades nuevas.
Mas ¡ay! que desde el mar 'los blancos
con su codicia llegan.

¡Es una aurora universal que surge,
pero es, también, la noche que comienza!
¿Cuándo, jamás, un invasor no afirma
su potestad en fórmulas violentas?
La tierra india,
para el intruso es conquistada tierra,
y única ley
la que él impone, férrea.

En turbulentas, tempestuosas olas,
sube del odio la áspera marea.
Ruge el jaguar. Las indomadas lanzas
se precipitan a la antigua senda.
¡Y se despierta, resonante, el llano!
¡Y estallan, roncadas de clamor, las selvas!
¡Y un frenesí de sangre arde en las cumbres
bajando, torrencial, a las praderas!

Y pasa el huracán. —En la vorágine

de las edades, que en tumulto ruedan,
caído el indio,
torvo el silencio impera.

Y brillan y se apagan muchas lunas.
Y nada turba la quietud tremenda.
Pero la fuerte sangre derramada
bulle en la noche exánime de América.
Y en hervoroso fermentar revive
y corre y salta y rumorea.
Y es alarido que se enrolla al viento.
Y es chispa precursora de la hoguera.
¡Marejada de gloria que levanta
a todas las progenies de su tierra!

Túpac-Amaru no es tan sólo un nombre.
Caupolicán no es otro nombre, apenas.
Ni Lautaro es un mito.
Ni Atahualpa es leyenda.

Son lo esencial, lo elemental del hombre:
¡el ideal de libertad suprema,
que inmola mártires y encumbra héroes!,
la incorruptible llamarada eterna,
que está, de pie, en la sangre,
y en el solar de América
se nombra con el nombre de Miranda,
de Wáshington, de Artigas: con las épicas
proezas de Bolívar, Sucre, O'Higgins...

Son la razón que fervoriza y gesta
ese romántico aluvión de gauchos
que con Güemes irrumpe en la pelea.

¡Y son la cúspide inmortal del genio
que a San Martín lo lleva
más alto, más arriba de los cóndores!

¡Oh, canten los poetas!

Canten los hijos de esta tierra india,
al indio, precursor de la epopeya.

Y el Continente, en mármoles y bronce
su estampa esculpa, como ardiente tea
que a bien amar la libertad concite.

Y haya, por fin, una exaltada fecha
en que, vibrantes, los excelsos himnos
y el tremolar de las banderas

¡de todas las Repúblicas!
¡de tantas Patrias nuevas!

signen la gloria de la antigua raza
que —con su auténtica entereza—
plasmó, para los siglos,
¡el libertario espíritu de América!—

SEGUNDA PARTE

**MIRILLA AL TIEMPO
DESGASTADO**

Entre las blancas mariposas blancas

La plétora faunal de los relinchos,
las "ues" maternas de las vacas...

Todo conforma un mundo alegre y triste
donde la sombra niña de mi infancia
recorre todavía sus praderas,
ingenua y deslumbrada.

La vida, entonces, era un zumbo agreste.

El hombre, un silbo que partía al alba,
un humo pensativo de "toscanos"
preinaugurando las futuras fábricas.

Y si decíamos: corral, mancera,
surcos, gavillas, abras...
era encorvar la fe sobre la gleba
y sostener en alto la esperanza.

Por eso, cuando nombro: sol, provincia...
un río de palomas se desangra
sobre la voz. Y redescubro, invicta,
dentro de mí, mi antigüedad de pampa.
Con sus tribus de bueyes patriarcales
y esa impalpable certidumbre santa
que está en el ángel blanco del balido.

El huracán del sol pasó sin pausa.
¡Todo se fué por la dolida calle!

¡Todo se lo llevó la turbonada!

¿Cómo decir, entonces,
el placentero aroma de la hogaza?
¿Cómo, la mesa rústica,
el mantel con su círculo de lámpara,
la tierna intimidad de la familia?

Y, sin embargo, aun gritan a mi espalda
los indios montaraces del pampero.
Y hay enjambres de auroras que reclaman
sus pájaros caídos en mis manos.

Y un noble patio de ternura ensancha
nombres queridos, que una vez perdieron
el rostro y la palabra.

Por eso, cuando nombro aquellas cosas,
el gusto de la voz me sabe a pampa.

Y, conmovido, miro, allá a lo lejos,
pasar la forma etérea de mi infancia:
¡pequeña sombra niña que me vive
entre las blancas mariposas blancas!

Lejano pueblo mío, de mi infancia

Ranchos de lata y perros hacia el este.
Al norte los tunales y la pampa.
Y un occidente gris de camposanto,
perdido entre esmeraldas.

¡Es un antiguo tiempo de la sangre
esta dulce provincia de mi infancia!

El pueblo estaba al sur. El pueblo

era un domingo de camisa blanca,
pañuelo perfumado
y el nudo maternal en la corbata.

Aldea de labriegos,
con mostradores de buen vino y grapa,
almacenes que olían a pimienta
y verdinegras zanjas
donde los sapos celebraban lluvias
en un idioma secular de gárgaras.

País de Liliput, al que se iba
con infantil curiosidad de chacra.

¿Cómo explicar aquellas tribus gringas,
vestidas de importancia?

¿Y esa tiesura grave,
tal vez con presunción de aristocracia?

Primero era la misa,
con su latín que nadie interpretaba.
Misa de rogativa de cosecha,
más que de amor a Dios y de alabanza.

Después, afuera, el sólito concilio.
Interminables, efusivas charlas,
con el virtuoso tema femenino
de encajes y de ropa almidonada.
Juegos y gritos del tropel de niños.
Dudosos secretes de muchachas.
Sonrisas complacientes de las madres.
Y el viejo cura, con su cara santa,
remolineando de un corrillo a otro
la astuta inquisición de su sotana.

Los hombres, mientras tanto,
con firme empeño y en brillante carga,
ya habían conquistado las esquinas.
Y entre "toscanos", cantos, carcajadas,

y cuentos de sabor que no se dice,
se echaban el boliche en la garganta.

¡Felicidad de gente laboriosa,
que un largo cuatro rumbos de volantas
desparramaba de regreso al campo!

Pueblo mío, de fábula.
Con sus baldíos de oxidados sunchos,
plaza de pencas y de fiestas patrias...

¡Es un antiguo tiempo de la sangre
esta duce provincia de mi infancia!

Evocación del Gallo Trompetero

Mi heroico trompetero!
¡Gallo triunfal del alba!
Antes que el sol saliera de sus tiendas
para invadir las chacras,
su incorruptible integridad de plumas
corría a trompetear la madrugada.

Una vivaz premura de candiles
iba y venía entonces. Y la casa
echaba a andar su eterno cada día

en siempre de jornada.

Salíamos al patio.

El patio era un sinfín de estrellas pálidas,
los grillos del aljibe
y el hispido fantasma
del perro tutelar de los galpones.

Más allá de los grillos y las parvas,
¡qué hondo se oía respirar el campo!
¡qué profundo el aliento de la alfalfa!

Dejábamos la noche de los ojos
en el agua pluvial de las tinajas.
Luego, papá y mamá y la tierra buena
presidían la humilde mesa blanca.
Papá y mamá y la tierra:
¡el trabajo, el amor y la esperanza!
Esto, no lo pensaba ni entendía
nuestra niñez ignara.

Fué preciso que en torno de la mesa
las sillas se quedaran solitarias;
que los nombres queridos se cayeran
en un raudal de lágrimas.

Entonces, sólo entonces comprendimos
el amor de las voces silenciadas.
Y el álbum fué el reencuentro con las formas
por el camino de la ausencia larga.

En cuanto el sol quemaba sus provincias
sobre las verdes chacras,
partíamos con rumbo a la escuelita,
a lomo de petiso. La mañana
era un saludo con la mano en alto
que mamá nos enviaba desde casa.

Al doblar, como siempre,
por la esquina de acacias:

“¡Hasta luego, mamitaaaa...!”
nuestras voces de niños le gritaban.

“¡Hasta luego, mamita!”... ¡Quién pudiera
desandar la distancia!
Y doblar, de regreso,
esa esquina de acacias,
con la dulce certeza
de volver a encontrarla...

Viejo gallo puntual, de mis rencores
de tantas madrugadas,
¡cómo te quiero ahora que te asocio
al nombre puro de mi madre santa!

Por ella te perdono
las veces que me echaste de las sábanas.
¡Y te designo mariscal de plumas,
alto en la luz de mis perdidas albas!



Presencia de mi padre gringo

Valles de luz, umbrosos olivares.
Desde los siglos, un sopor exhausto
dormíale la antigüedad de Italia
sobre sus verdes años.

Porque los vientos de ultramar traían
acentos de milagro,
su decisión fué, pronto,
América y el campo.
Con predicciones de raíz y soles

galopando la sangre de lo vasto.

Aquí, su enorme soledad de pampa
se conjugó con la amistad del pájaro.

Y oyendo recostársele la tierra
en la confianza varonil del brazo,
echó su juventud a que anduviera
la ruta del trabajo.

Francia le dió la compañera noble,
y Argentina los vástagos.

En largo caminar por la fatiga
—que robustece los afectos caros—
un adoptivo vendaval de Patria
le fué sumando sus motivos gauchos.
¡Y se amaron, el gringo laborioso
y la sencilla comprensión del campo!

La tierra —que devuelve— aró su frente
y le emparvó los años.

Un fantasma de nieblas puso sombras
finales en sus párpados.

Ahora yace aquí. Y es todopolvo.
Mas desde el mundo que fermenta abajo,
desde el país feraz de los raigones,
su empeño se proyecta hacia lo alto
y enhebra siempre el expansivo silbo
conque solía saludar al campo.

Por los canales de mi sangre suya,
sigo la huella que él dejó temprano.

Y le comprendo el corazón que vuelve
en la dorada espiga de cada año,
en las panojas firmes
que se enrubian al sol de los veranos.

Su inmaterial presencia
es voz, así, que me embandera el canto,
tranquila luz de ennoblecido tiempo
que me transcurre con su pan honrado.

Canto a mi Madre heroica

Prodigio de la espuma y de la rosa.
Milagro del perfume y de la gracia.
Pudo ser vals o nube o golondrina,
la identidad del pétalo y el nácar.
Pero eligió el hogar, la vida cierta,
la cintura dolida en la jornada.

Un gigantesco soplo de epopeya
ondeaba redenciones en la pampa.
Vientos de génesis corrían, rudos,

mordiéndole la entraña.

¡Era la tierra india,
bravía y milenaria!

¡Con urgencia de brazos
para trocarse en Patria!

Ella, sintió en la sangre
el grito soterrado. Y, solidaria,
se fué a llevarle el surco,
sencillamente pálida.

El lucerío frívolo
de la ciudad lejana,
quizás alguna vez rozó la fimbria
de sus azules sueños de muchacha.

Quizás, también, las brisas le alcanzaron

—a la caída de las tardes malvas—
un frufutar de sedas,
ecos de risas, músicas nostálgicas.

Pero su mundo era ese verde atlántico
que por otoño se rompía en abras
y en la estación solar olía entero
a pájaros, a frutos, a retama.

La transitoria majestad del trigo
¿cuántas veces rindió su rubia espalda
ante la gracia de ella, que tenía
la fina alcurnia de su dulce Francia?

Su corazón fué todo de ese puerto
sin más veleros que las grises parvas
y el solitario mástil del molino
monologando sus estrofas de agua.

Noches de agorería.

Con perros aulladores de distancias.
Y sombras. Y chistidos de presagios
cayéndose en un miedo de fantasmas.

Y el sol, las tolvaneras, los rocíos,
olorosos de pastos y labranza.

Todo el vaivén del campo
—égloga cándida, o rapsodia bárbara—
pasando en exhaustivo torbellino
se recostó a dormir sobre su falda.

Porque la muerte convocó sus sombras,
hoy vive más allá de las palabras.

Pero su esencia —idea de perfume—
subsiste en la expresión de la comarca.

Madre mía, sublime, que labraste
las prósperas edades de la Patria:

mis paisajes de niño chacarero
se azulan en el gris de la nostalgia.
Y mis ojos, que miran diferente,
te ven pasar, heroica y fatigada,

jentre una clara insurrección de alondras
y un canto de semillas en el alba!

MOTIVO FINAL

Palabras de adios y de reencuentro

Fué, apenas, un bufido.
Otoño en primer día de las ramas.
Los pájaros del viento te dijeron
quién sabe qué palabras.
Y te fuíste, en silencio,
allá, donde papá y mamá descansan.

Detrás de la carroza
pasó el cortejo triste que te honraba.
“¡No Es Verdad! ¡No Es Verdad!” iban
(diciendo

tus iniciales "N. E. V." grabadas.

Y yo sé que no es cierto que te has ido:
que estás aquí, conmigo y con mis lágrimas.

¡Oh, hermano, ya por siempre taciturno!
¡Mi inmóvil camarada!
¿Cómo pudo la Vida
deshospedar tu primavera en llamas,
si tenías el sol en la sonrisa
y un borbollón de amor en la garganta?

Una antigua madeja de recuerdos
me envuelve, ahora, en su tenaz maraña.
Cuántos caminos recorridos juntos.
Tu página y mi página
eran un mismo sueño,
un mismo cuento de hadas.
Risas, estudios, juegos:
toda la luz universal que pasa

por el país de la niñez florida
miró tu sombra amada
acompañar mi sombra.

Kilómetros de chacra
con su final de escuela,
rabonas, trompos, "barriletes", nada,
nada fué nunca solo tuyo o mío
¡Eramos dos y era una sola el alma!

Después fué el ultraocéano.
Distantes del hogar y de la Patria.
Italia y el colegio,
con otro cielo que el de nuestra pampa.

Así toda la vida: siempre unidos.
Hermanos en la sangre y la jornada.

Eras tan dulce como San Francisco.

¿Qué alimaña existió, que tú no amaras?
¿Qué pájaro, que alguna vez me traje,
no huyó, por gracia tuya, de la jaula?
¡Cómo brillaba, entonces, la ternura
en tus pupilas claras!
Ojos tuyos, de santo, que los ojos
incomparables de mamá copiaban.

Un chubasco de sombras rinde ahora
la grímpola triunfal de aquellas alas.
Un rebencazo de silencios torvos
golpea el aldabón de mi nostalgia.

Cuando otra vez la vida
florezca en el estío de las parvas,
hermano, he de volver por esas sendas
rurales de la infancia
donde subsiste nuestro antiguo tiempo.

Yo sé que entonces, desde su alta rama,

tu fresca voz me cantará en los hijos
de los pichones que una vez soltaras.

Y, como ayer, irán de nuevo juntos
tu corazón y el mío, camaradas.

Abejas en la luz de su reencuentro.

¡Mitad que halló la otra mitad de su alma!

INDICE

Hermano mío, dulcemente hermano	Pág. 9
PAMPA Y GRINGOS	
Acentos para el voto inaugural	15
La tierra iluminada	17
Historia de Labradores	21
La danza de los cocuyos	27
Tierra maldita!	31
La epopeya del surco	35
INTERVALO con un...	
Canto al Indio	41
MIRILLA AL TIEMPO DESGASTADO	
Entre las blancas mariposas blancas	51
Lejano pueblo mío, de mi infancia	55
Evocación del gallo trompetero	59
Presencia de mi padre gringo	63
Canto a mi madre heroica	67
MOTIVO FINAL	
Palabras de adiós y de reencuentro	75
“LA DAMA DE LAS ROSAS” comentado por prensa y autores	83

"LA DAMA DE LAS ROSAS"

COMENTADO POR PRENSA Y AUTORES



"He gustado su nuevo libro LA DAMA DE LAS ROSAS, plenamente, en todos sus poemas. Es Ud. hondamente sugestivo en su nueva rama de la poesía, en cuyo tronco arde siempre la resina de su MENSAJE LIRICO. El poema 21 es maravilloso. En fin, qué más puedo decirle? Es Ud. "poeta" y esto ya basta". — ADLER María Raquel.

"LA DAMA DE LAS ROSAS reafirma, en altísima forma, el justificado prestigio ganado con sus anteriores hermosos libros. Marca sin vacilación la calidad de un espíritu de privilegio, que canta con hondura y altura... Hay poemas comparables en su ternura a los de Neruo. Y esto lo proclamo sin miedo, porque me anima el coraje de mi verdad saltándome del alma...". — ARAN, Artemio.

"Su inspiración —intuición estética— ha sabido recoger todas las rosas de su camino y transubstanciarlas, en líricos arrobos: crear nuevos entes de belleza. Sus rosas viven; ofrecen, generosas, color y perfume; y hasta vuelan sus hojas, en asunción inmortal". — ATALIVA Herrera.

"Tenga la seguridad que, además de haber superado bellamente la obra anterior, su nuevo libro es un verdadero triunfo; un admirable acontecimiento literario. Estoy conmovido y deslumbrado por la grandeza de este subyugante mensaje, tan original, moderno, fresco y puro. Ha enaltecido Ud. el arte de una poesía nueva, manifestándose un gran innovador, un poeta de espíritu joven y de madura reflexión que canta al amor infundiéndole a todos sus poemas alientos de eternidad". — BAEZ, Arnaldo C.

"...y le felicita por su nuevo y bello libro LA DAMA DE LAS ROSAS...". — BANCHS, Enrique.

"Sí, digno de sincera y honda admiración es quien ha sabido componer este sentido homenaje que es LA DAMA DE LAS ROSAS, cada uno de cuyos poemas mantiene la dignidad lírica del conjunto. Se lee y relee este libro, con emoción creciente: es bello y humano, fino y sobrio, toca las fibras del corazón. Su autor se revela poeta verdadero...". — BERDIALES, Germán

"...su espléndido mensaje lírico que se llama LA DAMA DE LAS ROSAS y que traduce la vibración espiritual de un poeta impregnado por el aliento de una inspiración auténtica. Este libro, no es un libro más: es un libro de elección". — BORRUAT, Carlos Arturo.

"He leído con verdadero placer estético su hermoso libro LA DAMA DE LAS ROSAS. La obra es una réplica de TIEMPO DE AMOR, enriquecida por un desborde de figuras, imágenes y metáforas, instrumento esencial de su capacidad creadora, por cierto no muy común. Podría medirse, tal vez, el aliento emocional, pero es, sin duda, artificiosamente exquisito". — BUCCHI, José.

"...La página inicial, tan sólo, basta para iluminar todo el libro. Calificada poesía la suya, de rico léxico, donde los vocablos acuden sumisos al requerimiento del poeta, para dar forma cabal a sus bellísimas imágenes...". — BURGHI, Juan

"...Realiza Ud. una auténtica síntesis poética, y se levanta victoriosamente sobre sus bellas colinas de recuerdos y vivencias. Le alcanzo mi mano y mi corazón, que ya le aloja en su ámbito como a un dulce pájaro confidencial...". — CAGNIN, José F.

"...el tomito suyo LA DAMA DE LAS ROSAS. — El diminutivo va por la cantidad; porque en cuanto a lo que Ud. ha condensado allí en poesía, en auténtica poesía, ha escrito Ud. un bello y definitivo libro..." — CAILLET BOIS, Horacio.

"Muy bien LA DAMA DE LAS ROSAS. Vago de asunto, como debía ser, y fino, suave y blando de expresión. Se lo diré con palabras suyas: un libro 'todo música, en su nivel de pájaros'. De todo corazón lo felicito". — CAPDEVILA, Arturo.

"...he leído su libro de una manera ávida, encontrando una ardiente enjundia en su producción poética que le hace acreedor a una promoción de alto rango en el plano poético argentino...". — CARREÑO, Carlos H.

"Un nuevo regalo de belleza, LA DAMA DE LAS ROSAS, ha llegado a mis manos. Libro rico de humanidad, a fuer de estar transido de amor y dolor, significa para el poeta un ancho y largo paso hacia la perfección; y para la poesía lírica, un advenimiento". — CARRIZO, César.

"...Su Voz es a veces fábula de presagio, canto de adivinación y por ello mismo doblemente sugestivo. Encantamiento que ayuda a la imaginación para que desfile todo un mundo, preconcebido en los sueños de un poeta de su fino temperamento...". — CHIZZINI DE MATTIA, Edelmira, en "CASTELLANOS", Rafaela, Junio de 1950.

"Es evidente que en Ud. se cumple aquello de "progresar y progresar". Por no repetirme, no insisto en llamarlo una vez más "POETA", así, en mayúsculas". — CHIZZINI MELO, Leopoldo.

"Mario R. Vecchioli, el poeta de TIEMPO DE AMOR, libro que hace dos años alcanzó resonancia en los ambientes literarios, ha publicado ahora un nuevo exponente de su emoción y de su ingenio: LA DAMA DE LAS ROSAS. A una encendida inspiración, este artista une la destreza del versificador que conoce íntimamente su oficio, haciéndolo servir a fines de clara superación estética". — CONTINENTE (B. Aires), Agosto de 1950.

"LA DAMA DE LAS ROSAS es un cofre poético que encierra las maravillas gemas de un amor eternal. En todos los poemas hay un amargo sabor de resignación, de ausencia, de soledad, que se vierte a perfección...". — DEMAR, Carmen. — (Santurce, PUERTO RICO).

"...Poeta di vocazione e d'istinto. Poeta di nostalgie. Poeta delle belle cose intreviste, possedute e perdute. Ha pubblicato già alcuni volumi di versi. Nel volume "LA DAMA DE LAS ROSAS" (Premio Peña Argentina 1950) canta l'amore nella forma piuschieta e piú eterna, diremmo quasi petrarchesca, e si consacra poeta per sempre...". — DEL CASTELLO, Andriolo. — En "Giornale d'Italia". — Enero 14 de 1952.

"...este libro de poesías, destinado a tener honda repercusión en la nueva poesía argentina. ...Detrás de cada verso hay excelente contenido conceptual... Le fué otorgado el Primer Premio de poesía, de "Peña Argentina", por un jurado integrado por Luis Cané, Augusto González Castro, Amado Villar, Salvador Merlino y Horacio Rega Molina". — DE PABLOS, Tomás Niceto. — En "AZUL Y BLANCO", (Buenos Aires).

"...El libro consagra un perfil pleno de vitalidad y nervioso de creación. Su romanticismo no supone desfallecimiento, renuncia... El romántico de LA DAMA DE LAS ROSAS es el que exalta limpiamente su yo, en actitudes puras y de acendrado fervor... Vecchioli tiene maestría en el oficio... Este es el hombre y éste es el poeta: secreto dúo que vive para un mismo amor, crecido desde el pecho hasta el paisaje...". — DIAZ USANDIVARAS, Julio Carlos.

"...y comprendo que su DAMA DE LAS ROSAS es algo que ha llegado a una plenitud tal que en cada página siento vibrar eso humano, íntimo, intraducible, que es como una edad del alma que se plasma en eternidad consagratória... Quiero decirle que es Ud. un poeta total, indiscutible..." — EZEIZA, Carmen de.

"...En esas ráfagas de silencio por donde transcurre su alma, en todo lo rumoroso y primaveral, en todo lo lento de las tardes emigradas, en todo lo musical de una soledad hueca donde se adelgaza el hastío del musgo, en todo lo que representa en antes, el ayer, está el dolor de su lágrima cayendo con el maravilloso propósito de reverdecer en canto..." — GAILLARDOU, José Adolfo.

"...su fino libro LA DAMA DE LAS ROSAS. Observo que ha avanzado Ud. sutilmente por el camino de las rimas. Lo felicito por su nueva obra, y felicito a la dama de las rosas por haber ganado el corazón del poeta. Vayan para ella un puñado de rosas, que pongo en las manos del soñador" — GALINDEZ, Bartolomé.

"La lectura de LA DAMA DE LAS ROSAS me reveló la persistencia del alado lirismo que conocí en "Tiempo de Amor"... No creo que pueda superársele en la expresión de algunos vuelos de íntima ternura, y me impresiona, sobre todo, el hálito de recóndita musicalidad de sus poemas..." — GANDUGLIA, Santiago.

"He leído con sumo placer y con emocionado corazón de veinte años su hermoso libro LA DAMA DE LAS ROSAS, todo él hermoso... Puede imaginarse con cuanta alegría veo — yo que creí, desde "Mensaje Lírico", en su auténtica calidad poética— que en cada nuevo libro afianza su jerarquía literaria..." — GIANELLO, Leoncio.

"...su exquisito libro de poesía, del cual me será grato hacer la merecida apología en mi charla de la Peña de Arte y Letras..." — GONZALEZ TRILLO, Enrique.

"...la nota dominante es la belleza de las imágenes y la audacia expresiva... Podría transcribirle muchos versos donde el acierto es tan evidente que demuestra que Ud. está llamado a lograr una producción destacada en el orden nacional, si es que ya, con LA DAMA DE LAS ROSAS, no se coloca muy al frente de la nueva generación". — GORI, Gastón.

"...Es ardiente y cálido su mensaje, que parece impregnado de verano... Va el poema en ascenso, cobrando temperatura, y esa dichosa revelación de la sensualidad compartida le presta un hálito vital, poderoso... LA DAMA DE LA ROSAS es el vértigo de la sangre despierta y prodigiosa... Libro que señala su madurez literaria..." — GUDIÑO KRAMER, Luis.

"Le refirmo el juicio anticipado sobre la calidad de su obra poética; hermosa y de vibrante sentido lírico... Su expresión tiene un ritmo castizo..." — HERRERA MAYOR, Avelino.

Gracias por este nuevo libro, LA DAMA DE LAS ROSAS. La emperatriz floral le dá su espíritu y todo él es hermosa, luz y profunda poesía... Siempre el joven gran poeta afirmándose más a cada libro..." — IBARBOURO, Juana de. — (Montevideo, URUGUAY).

"...He leído con placer esas bellas poesías, en las que palpita un delicado lirismo, expresado con sincera emoción..." — IBARGUREN, Carlos.

"...aquí veo a Ud. en una madurez total, perfecta... Su DAMA es un poema que vivirá, vivirá, porque tiene pulso, latido e idea..." — IMBERT, Julio.

"...su libro LA DAMA DE LAS ROSAS, que he leído con deleite... Lo felicito por las calideces de su verso, cada vez más encendido de lírico fervor..." — JIJENA SANCHEZ, R.

"...su magnífico libro LA DAMA DE LAS ROSAS, el que "dice su nombre en una voz de asombro". Su poesía tiene, de cuando en cuando, la canción de los ejes de las carretas que llevan el heno por los caminos encendidos de sol; pero también sabe de la frase galante, amorosa, como zureo de pichón. Después de leerlo, yo también he quedado "conmovido de inmensidad y de astros... Lo felicito efusivamente..." — JUAREZ, Jorge Ramón. — (MEXICO).

"...Poeta en quien el sentimiento y la sensualidad forman una ardorosa corriente, el escritor santafesino vuelca su pasión en imágenes a menudo felices. El "milagro" del encuentro amoroso, que en su emoción no es el resultado de circunstancias inmediatas sino la concatenación de acontecimientos que en su conjunto forman un destino, enciende su lirismo. Luego, crepitante, lo fuerza a mantener un diapason no siempre adecuado para los momentos que trata. Así, la ternura, más convincente en el tono menor, estalla en ovaciones, en palabras altisonantes en lo declamatorio. El tiempo, que en él es un "tiempo de amor" que perdura, irá afinando, sin duda, su voz de metales nobles". — LA NACION (B. Aires), 9 de Julio de 1950.

"Embriagado de amor y de recuerdos, fiel a la pasión ardiente, Mario R. Vecchioli dice en LA DAMA DE LAS ROSAS un canto lírico en tono de elegía o en toques madrigalescos, forjado bajo la luz de un cielo que incendia pétalos rojos o cubre dulcemente los pimpollos de un otoño dormido, grato al agua que cae de las alturas. Vecchioli es un poeta de fuertes emociones, inquieto, fértil, en comunión con la naturaleza exuberante y metido en sí mismo sólo algunas veces. Por sobre todo hay en él amor y euforia, y ambos estímulos dan nacimiento a estrofas que son cánticos triunfales, sin que falte — como en todo lírico de buena cepa — la tristeza surgida de nostálgias, en un correr por el sendero en que caen las

flores vencidas o se alejan los pájaros al primer toque del frío". — LA PRENSA (B. Aires), 10 de Septiembre de 1950.

"...los bellos momentos que me ha deparado su libro, que no hace sino confirmar sus altas calidades de poeta". — LAZCANO COLODRERO, Godofredo.

"...La poesía de Vecchioli, fuera de ser honda y trascendente, es alada y musical: domina en ella la suavidad de la seda, la policromía del iris y la dulzura de la égloga. Rendimos al compañero lejano las más expresivas gracias por su obra...". — LA VOZ DE ATLANTIDA. — La Ceiba, (HONDURAS) Septiembre de 1950.

"Ya en "Tiempo de Amor", con su granado y gozoso lirismo, Mario R. Vecchioli demostró ser un poeta raramente equilibrado. Ese equilibrio entre la sensibilidad y la imaginación —afinadas y depuradas por la cultura— es también la cualidad estética que fluye de los fáciles y armoniosos versos de LA DAMA DE LAS ROSAS. Estos íntimos poemas, inspirados por el recuerdo de un gran amor, poseen la amable espontaneidad, el tono confidencial, la cálida dulzura y la lírica fluencia que recuerdan la primera modalidad de Juan Ramón Jiménez, el delicioso simbolista parnasiano de "Arias Tristes" y "Jardines lejanos"...". — LINARES Joaquín, en DEMOCRACIA (B. Aires), Enero 10 de 1951.

"LA DAMA DE LAS ROSAS es un bellissimo libro. Un libro de alto contenido emocional, cuya lectura deja el regusto de los manjares exquisitos. Y, también, un poco de tristeza". — MERLINO, Salvador.

"...Veo en su verso una como ansia pitagórica de rotar armonioso con la silenciosa "mecánica celeste". Es este divino hermano un pájaro que no descuida su ámbito terreno, pero que al mismo tiempo trabaja materia astral, alta la frente, tensa la emoción, con algo de profeta y rabdomante, de pirquinero que sale de su mina íntima al amanecer, con el relumbramiento inaudito de sus metales. Humano y celeste, Apolo y Pan, lira y siringa, tal cual lo pide la poesía ideal...". — MIGNO, Julio.

"LA DAMA DE LAS ROSAS", que he leído y releído con el íntimo fervor que suscita la belleza cuando es clara, auténtica y sencilla, continúa la inspiración poética que Ud. inició tan tersamente con "Mensaje Lírico..." El mismo buen gusto, la misma gracia, el mismo aire claro y fresco. Ud., al decir tan bellamente lo que hemos sentido, nos pertenece. Si algo vale una palabra amistosa (y yo sé que la mía vale para Ud., porque me lo dice esa voz interior que nunca engaña) lo exalto con ella a que persevere en su labor de poeta...". — MORENO, Artemio.

"Este nuevo libro confirma los prestigios alcanzados con las anteriores producciones. Lo felicito cordialmente por su bella labor artística y le auguro nuevas victorias". — MOYA, Ismael.

"...Poeta erótico y sentimental, canta la embriaguez de las caricias, las horas de fiestas de los sentidos, y también la pena de la ausencia de la amada, acaso perdida para siempre... Poeta del amor y la nostalgia, es Vecchioli un lírico de acento cálido al que se lee con placer". — MUNDO ARGENTINO (B. Aires) 9 de Agosto de 1950.

"...Puede decirse que este poeta no perderá su voz entre la multitud ignorada y pedestre. Su venero tiene aguas cordiales y frescas. Es poesía moza, que rinde tributo a la nueva ley de los versos; pero segura ya para tener sus propios dones... Es un poeta cabal y nuevo: cabal, porque nada le falta para expresarse en nuestro idioma, y nuevo, porque pertenece al mundo que vive y capta con el sentido la viva emoción de estos días. El soneto "La Dama de las Rosas" es una filigrana de música y sentimiento". — NUÑEZ MATA, Efrén. En "EL UNIVERSAL", de MEXICO. 26 de Noviembre de 1950.

"...Su hermoso libro LA DAMA DE LAS ROSAS, donde hay admirables poemas como... de singular belleza todos, y de gran intensidad de emociones. Conocía (ya lo sabe Ud.) su positivo talento lírico; pero ahora veo, además, su dominio de la forma y la afirmación de su espiritualidad y de su estilo". — OBLIGADO, Pedro Miguel.

"...Su libro de versos cálido y sonoro tiene el encanto de las cosas y las horas vividas, pero animadas de saudade e iluminadas de ilusión, de fe...". — PANIZZA, Delio.

"...Muchos son los que hilan estrofas, y bellas. Pero dominar el lenguaje poético con su seguridad y originalidad, no es facultad de muchos. Su libro señala rumbos. Perfuma como la flor simbólica que lo sustenta. Se dá en belleza de flor y de racimo, en alba y en mediodía, en florecer y en cosecha... Hay versos que se quedan en la memoria, con plástica elocuencia y original acento, que hacen de LA DAMA DE LAS ROSAS un libro inolvidable. Felicito a su autor, con íntegra sinceridad y el orgullo de saberlo una gran pluma de la poética argentina". — PEREZ PIERONI, Tilde.

"Sus versos me han maravillado. Está Ud. haciendo escuela, imponiendo su lenguaje novísimo entre los poetas. Hay mucho de Ud. en los versos de... que lo imita con soltura y felicidad, pero de inmediato se advierte que Ud. es el maestro. Su obra, llena de belleza y perfección, está también llena de originalidad. Hay embrujo y hay milagro...". — PONCE DE LEON, Oscar. (Lima, PERU).

"...Una nueva técnica en la ciencia del verso... Junto al satanismo que alborea en las horas trágicas de su alma atormentada, florece espléndido el apasionado sentimiento angelical... Estas transcripciones demuestran la admirable universalidad intelectual de este egregio vate santafesino que en LA DAMA DE LAS ROSAS ha penetrado con sus triunfos líricos en la más honda y refinada subjetividad, que lo consagra como uno de los portaliras más vigorosos y profundos de la hora actual..." — PREMAT, Claudio. En EL LITORAL, de Concordia, Octubre 10 de 1951.

"Aquí hemos sostenido que el soneto no tiene razón de ser en América tras de seiscientos años de triunfar en Europa y de triunfar en América... Pero también hemos dicho que los poetas nuevos deben demostrar que saben dominar el soneto, a efecto de autorizarse para crear las nuevas expresiones americanas. Mario R. Vecchioli, poeta argentino, nos ofrece este hermoso soneto que se llama LA DAMA DE LAS ROSAS y que dá nombre a su bello libro que lleva el mismo título..." — RAMOS, Leopoldo. En "REVISTA DE REVISTAS": (Mexico), Enero 14 de 1951.

"...Soberbio y subyugante el perfume contenido en tan digno "frasco". Básteme decirle que, emprendida la ruta azul, fui andando —feliz peregrina— sin tedios ni cansancios, de la mano de la diosa Poesía, a lo largo y a lo ancho de su libro prodigioso, descubriendo a cada paso panoramas de belleza incomparable... Y eterna ha de ser, en efecto, ya que su libro está llamado a ser inolvidable". — REALE ARCOS, Palmira.

"...Debo enviarle mis plácemes por el deleite artístico de sus inspirados poemas de LA DAMA DE LAS ROSAS..." — ROJAS, Ricardo.

"...En estos poemas, de ímpetu gobernado por un sereno dominio del lenguaje y un sentido claro de la forma, las imágenes interiores y el influjo físico, material, de las cosas, se condensan en una síntesis lírica vigorosa, sustantiva, carnal..." — ROSALES, César.

"...Aquí, en este solo verso, está patente su alto destino de poeta. Porque es alto, realmente, y verdadero... Porque es evidente que Ud., como poeta, alcanza gradaciones que desarmen al más prevenido. Su rico mundo interior es caudaloso, de torrente casi, y toda su riqueza afluye, se muestra, cuelga o desborda como la lengua de una catarata. Sorprendente, de veras. Magnífico y sorprendente. Su joyel lírico es un tesoro de primera clase, su verso tiene ya resonancias que son definitivas..." — SERI, José Eduardo.

"La llegada de un libro procedente de Buenos Aires, me trae a la memoria mi estancia en la ciudad porteña, y recuerdo a Leopoldo Lugones, para no citar sino a la figura litera-

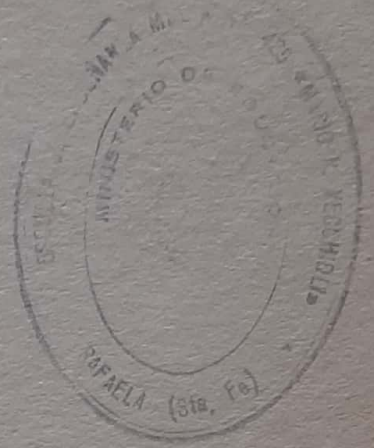
ria más destacada, conferenciando en la Escuela de Medicina... El nuevo poeta (y esto se dice pronto, pero es un raro hallazgo) es Mario R. Vecchioli, a quién suponemos joven por el vigor de la creación, pero con una madurez de forma que solamente se consigue después de pugnar mucho sobre la masa rebelde de la poesía... Abre el libro —que comentamos tan brevemente para obra tan sincera y bella— con un soneto precioso, digno de la egregia figura que citamos al principio...". — SORONDO, Xavier. En "ULTIMAS NOTICIAS DE EXCELSIOR", (MEXICO), 27 de Octubre de 1950.

"...Créame, "Mensaje Lírico", "Tiempo de Amor" y "LA DAMA DE LAS ROSAS" lo han consagrado a Ud. como a un inspirado portador a quién el destino ha de depararle mayores triunfos en el devenir. No tengo sino palabras de aplauso y de encomio para su gran labor cultural...". — TERAN GOMEZ, Luis. (La Paz, BOLIVIA).

"LA DAMA DE LAS ROSAS: he aquí todo lo que un hombre puede amar, sufrir, esperar o desesperarse, dentro de una luz angelical o una llama de tremenda y quemante resonancia. La trayectoria nos ubica en un universo cálido y sensual, de ardientísima y entrañable sonoridad. El desamparo y la angustia limitan, a veces, con la desesperante irrealidad cósmica...". — TOMAT GUIDO, Francisco.

"...Gracias por la tierna emoción que ronda en sus páginas; páginas de juventud, tocadas por una leve melancolía que es sueño, dolor y fe al mismo tiempo... Lado sea ese recuerdo que enciende su fibra lírica y se hace armonía, canto, luz y ternura sobre la tierra...". — VILLAFANE, Raúl.





Se terminó de imprimir el 11
de octubre de 1952, en los
Talleres Gráficos BERRUEZO y
BERSANO - Av. Santa Fe 586
RAFAELA (Prov. de Santa Fe)

ESCUELA DE COMERCIO
SISTEMA INTERBIBLIOTECARIO MUNICIPAL



0009- 0001146